

bie

XV

25 Julio, por la mañana.

Esta mañana, cuando ella ha entrado en mi cuarto de baño, le he dicho:

—No, todavía no. Me quedo unos minutos más.

—Yo iba á permitirme aconsejárselo á la señora Duquesa—me ha respondido.—Un baño algo largo le sentará bien con este tiempo borrascoso.

—¡Justamente! Me ha parecido ahora mismo ver un relámpago.

—¡Oh! Hay muchos hacia el mar, y se van acercando á nosotros.

—No se marche...

La tormenta me pone siempre un poco nerviosa, me causa hasta miedo, lo confieso, y por esta razón hice que se quedase á mi lado.

Generalmente ella no está allí durante mi baño: entra sólo para ayudarme á salir.

Obedeciendo mi orden, ha permanecido esta vez en el templo; pero se ha colocado discretamente detrás de mí, al extremo de la concha de mármol negro, en la cual yo me había extendido.

La tormenta estaba en toda su fuerza cuando yo pasé á mi tocador. Luisa Bauquet no ha creído deber, por tan poco motivo, retardar ó suprimir su masaje cotidiano. Me ha parecido, por el contrario, que desplegaba más actividad todavía, que se daba más trabajo que de costumbre. Sus manos corrían más deprisa de un lado á otro, sus dedos se crispaban por instantes. Yo pensaba que la tempestad influía sobre ella como sobre mí, haciéndola más febril.

Oíamos la tormenta rugir á nuestro alrededor; un ruido sordo, un largo mugido que prolongaba todos los ecos; otras veces, de repente, un ruido seco, vibrante, que desgarraba nuestros oídos, me hacía estremecer, mientras la mano de mi amasadora se paraba sobre un sitio y apretaba con tanta fuerza que yo sentía sus uñas.

Aquello no era amasarla á una, era matar-

la; pero cuando los nervios están tan sobrexcitados, el mal hace á veces bien.

Aunque nosotras oíamos la tempestad, no la veíamos, ningún relámpago nos asustaba, gracias á la precaución que ella había tenido de cerrar las persianas y de bajar las cortinas. La vista se encontraba bien, pero mi cabeza se cargaba con el calor de mi tocador impregnado de perfumes: frascos de esencias destapados, ramos de flores sobre la chimeña y sobre un almohadón, cerca de mí, toda la siega de flores hecha por la mañana en el parque. Como si todos estos perfumes no fuesen bastante, había otro que llegaba hasta mí, en pequeñas bocanadas, cuando sus dedos se paraban sobre mi cuello, mis hombros ó mis brazos. Era piel de España, que yo le había dicho me gustaba, y que ella tenía la costumbre de echar en la palma de la mano á la hora del masaje. Yo creo que este día había aumentado la dosis.

Á pesar de todos estos motivos de languidez, á los cuales se añadía un baño demasiado prolongado, yo permanecí despierta todo el tiempo que duró la tempestad. Pronto se alejó y concluyó por resolverse en esa lluvia que distiende los nervios, languidece, trae

poco á poco el sueño. Yo no dormía, sin embargo, como me ha sucedido muchas veces, después de terminado el masaje y haberme envuelto en mi peinador.

Me quedé embelesada sin quererlo, sin darme cuenta, mientras que ella continuaba paseando sus manos sobre mí, con más lentitud, con menos fuerza, sea que ella estuviese más calmada por la lluvia, sea que quisiese dejarme enteramente dormida.

Yo estaba, hacía algunos minutos, en ese estado de adormecida, de entorpecimiento, y mis ojos concluyeron por cerrarse. De pronto, experimento un cosquilleo ligero, en la piel, producido por el contacto de unos cabellos. Primero creí que eran los míos que, desatados, muy largos, me rozaban suavemente; pero sentí al mismo tiempo como peso y calor. Maquinalmente extendí los brazos. Mis manos encontraron la cabeza de Luisa Bauquet.

La rechacé bruscamente, me enderecé y envuelta en mi peinador corrí á abrir las cortinas y empujé las persianas.

Cuando me volví, ella estaba de pie, inmóvil delante de la *chaise-longue*, y antes de que yo le dirigiese la palabra, me dijo con aire confuso:

—Yo suplico á la señora que me perdone. Estaba muy cansada. He concluído por dormirme, y mi cabeza ha caído sobre las rodillas de la señora Duquesa.

La miré un instante; después:

—Está bien, salga V., me vestiré sola.

Y dije estas palabras en un tono que no admitía réplica. Ella á su vez obedeció sin vacilar.

Hé aquí lo que acaba de ocurrirme. Á pesar de ciertas repugnancias, lo he escrito, como había jurado escribirlo todo, como escribiré en el día las reflexiones que voy á hacer sobre este incidente. Así podré darme cuenta, tomar un partido razonable y ser justa, que es lo que más deseo.

XVI

25 de Julio, por la tarde.

Debo ante todo preguntarme si es posible creer en lo que ella ha dicho. Pretende que se quedó como desvanecida, ¿y por qué no? ¿No tenía las mismas razones que yo para dormirse? La tormenta, la lluvia que vino después, la oscuridad del tocador, los perfumes de los frascos y las flores... Bueno; yo permanecí mucho tiempo en el baño; ¿y por qué ella no había de haberse bañado antes de despertarme yo, en el mar ó en otro sitio? En cuanto al amasamiento, entiendo que igual efecto produce en la persona que *hace*, en el propio grado, que en la persona que *padece*. Y aun creo que afirman es mayor la fatiga del operador que la experimentada por el sujeto.

El sueño, por consiguiente, es admisible y hasta verosímil.

Durante el sopor, su cabeza seguramente ha resbalado sobre mis rodillas, dice ella; vamos á ver.

Ella estaba sentada en un almohadón más bajo que mi *chaise-longue*, dando con ella y colocada hacia el centro. Para evitarle el trabajo de alargár el brazo, yo misma me puse al borde del mueble por el lado que más cerca de ella estaba. En semejante postura, que recuerdo perfectamente, su cabeza, por necesidad, si caía, debía caer encima de mí, al nivel de mis rodillas, algo más alto.

Tal vez recibiría yo un golpe ó sufriría un choque, porque una cabeza, á pesar de su pequeñez, algo pesa, y cuando un peso cae sobre el cuerpo, la verdad es que se siente.

Y sin embargo, ni hubo golpe ni choque, sino, como ya indiqué, un cierto calor y un roce.

Pero ¿esto qué prueba? Que yo dormía quizás más profundamente de lo que pensaba, y que me desperté después de la cosa para tratar de dar-me cuenta de los efectos: el calor, la pesadez, el estremecimiento producido por los cabellos rozando sobre mi piel.

¿Y por qué empeñarme decididamente en que su cabeza diera en mí repentinamente? Bien ha podido inclinarse poco á poco y acabar por encontrar apoyo sin el menor sacudimiento; el contacto únicamente pudo arrancarme de mi situación.

Todo esto es muy posible; ¿y por qué entonces dudar de que así sucediera y acusarla de no haber resistido el sueño?

Hay algo en mi interior que declara que ella me miente. Dejemos las reticencias, puesto que me hallo sola conmigo misma y no debo disimular ninguno de mis pensamientos, ninguna de mis sensaciones respecto de lo que yo he creído sentir, que no era el calor de su cabeza apoyada sobre mí, sino el fuego de sus labios y hasta la mordedura de un beso.

¿Y se habrá atrevido á besarme á mí aprovechándose de mi sueño? ¡Calma! Si escribo todas mis reflexiones una tras de otra, si pienso con la pluma en la mano, es para conservar toda mi sangre fría.

He admitido que su cabeza pudiera caer naturalmente sobre mí. ¿Cómo cayó? De brues lógicamente, y por tanto la frente, las mejillas y la boca dieron en mí sencillamente, y

de aquí el calor de sus labios. Pero ¿y el beso? Para que yo sospeche de haberlo recibido basta el contacto de los labios; y si ella dormía, como creo, ¿no sucede alguna vez, durante el sueño, que se besa de una manera fantástica? El beso se pierde en el vacío, si hay vacío, y no se pierde si alguien ó algo se encuentra á su alcance y en su camino.

Decididamente, para juzgar con exactitud, debo, después de haber examinado la cuestión bajo el punto de vista del sueño, del beso involuntario, estudiarla suponiendo el estado del ánimo despierto y del beso premeditado.

Desde que llegó á esta casa para desempeñar sus dobles funciones de doncella y acompañante, debo detenerme á discurrir cómo ha vivido Luisa Bauquet. Pues ha vivido conociéndome corporal é intelectualmente, si vale la frase. Físicamente, sin mala intención y aun sin pensar en ello, me he dado á conocer de la manera más completa; he servido de modelo, como diría un pintor. ¿Y no es la culpa del modelo, y del modelo únicamente, si ha causado admiración?

Intelectualmente, me he manifestado ante ella mujer instruída y de imaginación, por si me decidía á conservarla como acompañante,

y con el fin de poder comunicar con ella algunas ideas, y seguramente también me ha admirado bajo este punto de vista.

Queda, pues, comprobada la admiración; ¿y el beso no es una de sus manifestaciones? ¿No ocurre con frecuencia sentirse con deseo de besar lo que es hermoso, ó á la persona que ha ejecutado una buena acción? ¡Cuántas veces decimos qué hombre tan valiente, le besaría de buena gana, y á mí misma me ha sucedido manifestar mi agrado á una amiga ó á cualquiera linda señorita exclamando: "Querida niña, está V. hoy tan preciosa, que quiero besarla," y claro es que inmediatamente me acercaba su frente ó sus mejillas!

Sí, todo esto es verdad, pero yo no he acercado nada á Luisa Bauquet; nada le dí: ella se lo tomó. ¿Y en qué condiciones? Durante mi sueño, y esta circunstancia, que al principio me parecía agravante, se me figura atenuante al presente, porque en realidad, no temiendo ser vista, no hay en su acción falta de respeto.

Pero ni besó mi frente ni mis mejillas, porque ni yo las puse á su alcance, ni ella se hubiese atrevido á tocarlas, sino que despositó su beso furtivo donde pudo, en mis rodillas, que era lo que más próximamente tropezaba.

Así besa el esclavo á su amo, y ya he dicho que Luisa se constituyó en esclava mía. ¿Deberé privarme de su servicio, de su afecto, por un momento de olvido provocado por esa debilidad que produce la tormenta y el calor, por la embriaguez de los perfumes y por mi exagerada complacencia, que ahora comprendo, en hacerme admirar?

Todas estas reflexiones quedan escritas en mi *Diario*. Podría tomar una determinación inmediata y llamar á Luisa Bauquet para decirle: "Puede V. volverse á París cuando guste," ó por el contrario: "La perdono á V. por esta vez, pero en lo sucesivo muéstrese V. más reservada." Pero no la llamo; dejaré de utilizar hoy sus servicios; volveré á leer estas notas mañana por la mañana, y á sangre fría decidiré. Y sea cualquiera mi resolución, renuncio desde luego al amasamiento, porque parece que enerva con exceso al operador y al sujeto; acaba mi vida oriental; deseo ser nuevamente la mujer del Occidente y del Norte, ya que por el momento soy boloñesa.

XVII

26 de Julio.

Decidida á hacer una vida más activa, me levanté esta mañana más temprano, sin ayuda. Cuando Luisa Bauquet entró en mi cuarto, que da sobre el mar y ya en aquella hora bañado por el sol, le dije con voz natural, sin irritación, pero sin excesiva dulzura:

—Prepáreme V. en el tocador lo que necesito para salir; me vestiré sola.

Parecía, al menos así lo creo, con grandes deseos de hablarme; pero yo le volví la espalda y me asomé al balcón; se manifestaba inquieta, preocupada, sin duda, por saber lo que pienso hoy del suceso de ayer y qué consejo me dió la noche, que pasa por buena consejera; en una palabra: si perdono ó guardo

severidad. Pero yo no me decidiré sino después de haber repasado las últimas hojas de mi *Diario*, como me lo prometí, y hasta después de haber dado uno de esos largos paseos que refrescan el espíritu, permitiendo raciocinar con exactitud.

Aunque le dije que me vestiría sola, la encontré en mi tocador cuando fui, moviéndose de un lado para otro, arreglando lo de acá y lo de allá y sin atreverse á retirarse sin prestarme sus habituales servicios. Yo me hacía la desentendida, colocando en los tiestos de la chimenea las flores del día que me trajo, pero observándola involuntariamente con el rabillo del ojo. Ha debido dormir muy mal, su cara se halla más descompuesta que de costumbre y su diabólica belleza, algo estropeada. Su abatimiento es evidente: anda lenta y como quien se arrastra. ¿Le habrá disgustado la idea de que ella me había disgustado á mí á su vez, y de que puedo despedirla, atormentándose con este pensamiento hasta el punto de ponerse mala? ¿Tan ligada está á mí y tanto me estima? Esto es poco probable. En seis semanas no se toma tanto afecto á las personas. Únicamente el amor, según se dice, causa tales efectos: nace de pronto en ciertos corazo-

nes sensibles. Pero el amor no existe de mujer á mujer, de criada á señora.

Una vez las flores bien arregladas en los tarros, me he dirigido á mi mesa tocador. Entonces, atreviéndose y con voz mal segura, me ha dicho:

—¿La señora Duquesa no me permite peinarla?

—Hoy no; puede retirarse.

Ha salido sin proferir una sola palabra, triste, y como dejándose conducir.

Mi tocado ha sido de los más rápidos. Al cabo de media hora estaba completamente vestida, sentada cerca de la ventana leyendo las páginas de mi *Diario* que he escrito ayer. Todas estas reflexiones me parecen justas. Creo haberme quedado en el verdadero terreno. En resumen, he concluído esta noche por adoptar una resolución, inclinándome á perdonar. He decidido no hablar una palabra sobre el incidente, puesto que si vuelvo sobre él parecerá que le doy mayor importancia, y habré de mostrarme severa. Necesito dejarla que se ocupe otra vez en mi servicio, pero modificándolo, simplificándolo; mantenerla á cierta distancia, en una palabra, á fin de que no pueda dejar caer la cabeza sobre mí, si se

duerme de veras, ó para que no me admire tanto, si está despierta.

Ahora salgo, á fin de seguir mi programa hasta el final, y con el fin de ver si durante el paseo modifíco ó no mis ideas, para emprender mi nueva vida corregida y revisada.

XVIII

26 de Julio, por la noche.

He llegado esta vez á fijar mis ideas, reproduciendo exactamente las conversaciones que acabo de tener, y narrando estos acontecimientos, doy una prueba de gran voluntad y de dominio sobre mí misma.

Pasada la verja del parque, en lugar de internarme en el campo, he tomado el camino de Bolofia, donde necesitaba hacer algunos encargos olvidados en París. El camino es largo, un poco cansado, pero así reemplazaba yo el masaje por el andar, que siempre es superior, ó al menos lo pienso así ahora.

Llegada al pueblo á las diez, he atravesado el puente de la vía férrea, la playa, y estoy á punto de internarme en la calle Faidherbe, cuando de pronto percibo en una ventana del primer piso del Hotel Christol... ¿á quién? Á Blazac.

Como tiene puestos los lentes, me ve y me reconoce.

Cambiamos algunas demostraciones mudas, y él abandona precipitadamente la ventana para unirse á mí en la playa.

—¿Cómo aquí, prima?

—No tiene nada de particular. Vivo en el país. Yo soy más bien quien se debe admirar de encontrarte.

—¿Por qué? ¿No te dije que me iba á orillas del mar? He elegido estas orillas.

—¿Y estás en Boloña desde nuestro último encuentro?

—Sí, en este hotel, donde se cita la aristocracia inglesa, á un paso de la estación del ferrocarril, por si quiero volver á París; enfrente de los barcos ingleses, por si quiero escapar á Londres. Desde mi ventana gozo de magníficas vistas. El puerto, la alta mar y la playa que serpea, y un río, en fin, limitado por lindísimas orillas.

—¡Cuanta poesía! Eso no es natural en tí. Debe haber algo además... Y por otra parte, ¿por qué alabarme el hotel? Lo conozco y lo puedo apreciar tanto como tú, pues viví en él con el Duque cuando se estaba restaurando mi quinta de las Ruinas. Ya sabes, las Ruinas, allí enfrente.

—Sí, ya sé.

—¿Y cómo no se te ha ocurrido hacerme una visita?

—Imposible, prima; no estoy solo en Boloña.

—¡Ah! Perfectamente. Ahora me explico tu lirismo. ¿Estás enamorado todavía de Melinita?

—¡Qué Melinita! La he reemplazado por Bellita.

—¡Bellita, Bellita! No conozco ese nombre.

—El nombre de un nuevo explosivo... Una morena arrancada al Casino de Boloña la noche de mi llegada... Estaba sentada en el salón de juego, y mi morena perdía por cierto. Hallábase desconsolada, y me ha conmovido su desesperación. Le he dicho: "Señorita, le suplico que no se mese los cabellos, son de un color demasiado lindo... Venga V. conmigo á dar una vuelta..." Una mujer que ha perdido su última peseta, siempre está dispuesta

á dar un paseo. Lo hemos hecho largo, y acabé por convencerme de que era verdaderamente bonita, interesante y digna, en fin, de ser... lanzada...

—¡Otra!

—¿Qué quieres, prima? Nunca he tenido más que dos pasiones en mi vida: esta de lanzar las mujeres á la gran vida, y la química... Á primera vista no parece que hay punto de contacto entre ambas ocupaciones, pero tú me comprendes, ¿verdad?

—Perfectamente. Melinita, Bellita...

—Justo. Al día siguiente, me decía: "De buena gana pasaría contigo el verano en Boloña."

—¿Tan pronto *de tú*?

—Sí, tutearse es cuestión de costumbre. Hoy se tutea á éste, mañana á aquél, como la cosa más natural del mundo. Ellas creen que se trata de la misma persona... Yo no sabía qué hacer este verano, Boloña me gusta, y así, he alquilado un departamento en el hotel, haciéndome pasar por un hombre casado. Es preciso respetar las conveniencias en los hoteles de primer orden, y héme aquí instalado con Bellita. Cuando digo Bellita, anticipo los acontecimientos: se llama todavía Rosa Miron;

pero le he propuesto cambiar su nombre por el de Bellita. Ella está conforme, y en París tendrá ese nombre de guerra.

—Para llamarla así tienes sin duda...

—Motivos y razones... ¡Ya lo creo! Te las diré si quieres.

—Quiero, caso de que puedan decirse.

—¡Oh! Pueden decirse con toda corrección.

—Entonces, habla. Sólo que vamos á andar un poco, porque me tienes parada en el mismo sitio hace rato.

—Tú eres quien me retiene á mí. Me haces hablar, hablar...

—Me diviertes tanto, y hay tan pocas distracciones á la orilla del mar...

Nos dirigimos hacia el muelle Gambetta, y Blazac continuó:

—Le he puesto ese apodo porque es explosivo como no puedes tener una idea.

—Claro está que no tengo de eso la menor idea.

—Es un compuesto de nitrato, de amoniaco y de dinitrobencina completamente notable, destinado á oscurecer á todos los explosivos conocidos. Cuando la haya lanzado, nadie pensará más que en ésta, no sólo en Francia, sino en todas partes. Los alemanes tratarán de ro-

bármela, lo mismo que los ingleses; ya lo he advertido en el hotel... Es de color amarillento, el tono de la india ó de la mulata, tiene sabor, mucho sabor; la piel casi seca.

—¡Blazac!

—Y bien, qué quieres, prima... Ya sabes que mezclo la química y las mujeres. No tengo culpa si comprendo la *bellita* inventada por Carlos Lamm, con la *Bellita* que he descubierto: se parecen tanto en el olor, en el color, en el sabor, en la explosión...

—¡Qué entusiasmo! ¡Tú que antes estabas loco por la *melinita*, ó más bien por *Melinita*!

—La detesto desde que me engañó.

—Debías estar acostumbrado.

—No me refero á esos engaños á que aludes, sino á que me engañó con respecto al color de sus cabellos, á mí, que la he presentado á todos mis amigos como una morena.

—Pero ¿no lo es?—exclamé admirada.

—Jamás lo ha sido; verdad que sus pelucas eran admirables. Las tenía de todas formas y para todas las circunstancias. Peluca de casa, peluca de paseo, peluca de mañana, peluca de tarde, ¡oh! ¡Qué transformación! ¡Qué soberbia colección!

—¿Te la ha enseñado?

—No se habría atrevido; pero yo la descubrí.

—¿Cómo?

—El día en que precisamente te vi por última vez en París, prima. Al salir de la agencia de colocaciones, adonde tú habías ido ¿te acuerdas? á buscar una doncella, volví á su casa para darle cuenta de su encargo. No estaba. Busqué recado de escribir, no encontrando papel, pluma ni lápiz, y busca por aquí, busca por allí, abrí al fin un armario, donde me encontré la dichosa colección. Primero me dejé arrebatado por la cólera, después me quedé extasiado contemplando aquellas maravillas de arte. Ella entra y me sorprende: “Desgraciada, ¿conque eras una falsa morena?—Sí, de las más falsas, me contesta con aplomo.—¿Por qué me engañaste?—Te gustaban las morenas y quise ser amada por tí, ¡ángel mío!—¡Oh! Entre nosotros no vale ese lenguaje; busca otra disculpa.—Y bien, buscabas una morena para lanzarla, y me hice morena con ese objeto..”

—Si no es morena, ¿cuál es precisamente el color de sus cabellos?

—Rubio; es muy rubia, no tiene un solo cabello castaño. ¡Oh! Lo que es esta vez no me

engañan. Los de esta Bellita son auténticos y naturales. ¡Cada tirón que le doy! No quiero que este segundo explosivo se burle también de mí.

—Y después de haber descubierto la verdad—le dije interrumpiéndole,—¿te marchaste sin haberle dado cuenta del resultado de su encargo?

—No; ella tuvo buen cuidado en preguntarme, y yo le respondí, aunque con cólera, pero le respondí al fin y al cabo.

—Supongo que tú no le dirías que yo buscaba también una doncella, y que me habías encontrado en la misma agencia.

—No me acuerdo, pero me parece que sí se lo dije. Desde que te vió en el Bosque, me hablaba todos los días de tí con cualquier motivo.

—Y la noche que descubriste el engaño, ¿te escapaste para venir aquí?

—Al día siguiente.

—Sólo por la razón de que tu *Termura* era rubia en vez de morena.

—No precisamente por eso, porque habré de confesarte, prima, que también me gustaba con el color natural de su pelo. Este cambio la hacía completamente nueva

para mí, y en la variación está el gusto.

—Entonces, ¿por qué huiste?

—Porque ella se escapó antes que yo.

—¿Sin decir dónde iba?

—Ni palabra. Es la cómica que sabe disimular mejor de cuantas he conocido.

—¿Y no has procurado averiguar su paradero?

—No. Un nuevo capricho, una pasión quizá; porque ella es capaz también de apasionarse... Ya volverá cuando su pasión esté satisfecha. Si no consigue satisfacerla, no volverá jamás.

—¿Por qué?

—Porque estallará, según creo haberte dicho, el día en que no consiga hacer estallar á los demás.

—¿Conoces por casualidad á una señora llamada de La Bére?

—¡Ya lo creo! ¿Está aquí? Entonces, Melinita no estará lejos.

—¿Se conocen?

—¡Que si se conocen! Mucho, muy íntimamente. Precisamente en casa de esa señora encontré yo por primera vez á Luisa Baquet... ¿Qué es eso? ¿Qué tienes, prima?

—Nada, el olor de carbón de piedra de esos

barcos, que me hace daño... ¿Y quién es esa Luisa, de quien nunca te he oído hablar?

—Melinita, mujer, Melinita, antes que yo la bautizase.

—¡Ah, ya!

—Yo creí en aquel entonces que podía gustar á la señora de La Bére, y le hacía el amor por todo lo alto.

—¿Á pesar del marido?

—¿Qué marido? ¡Si ella nunca ha sido casada!

—Sin embargo, tiene niños.

—¿Hijos? ¡Imposible! Debes hablar de otra La Bére que la que yo conozco... La mía es una señora que vive en un piso segundo de la calle de Francisco I.

—¿En casa de esa señora encontraste á Luisa Bauquet?

—Sí, era su doncella. Ella la ocultaba cuidadosamente. Pero yo acabé por descubrirla y conseguí, á fuerza de constancia, arrancar á mi morena, ó más bien á la que yo creía tal, de aquella casa, con gran desesperación de la dueña.

—¿Por qué tanta desesperación?

—¡Oh! Por razones que no puedo decirte. No insistas... Yo sé hasta dónde se puede

hablar con una mujer como tú, y en dónde es preciso detenerse con una mujer honrada como tú, querida prima. Por otra parte, Luisa Bauquet, lanzada gracias á mí, rica gracias á otro, se apresuró después á volver á la calle de Francisco I, para volver á emprender su servicio cerca de su rubia.

—¡Cómo! ¿Á pesar del millón volvió á ser criada?

—Tiene pasión por su oficio, una verdadera vocación. Con la señora de La Bére, por lo demás, la criada es tan ama como la dueña. Se sirven mutuamente. Y cuando á Luisa Bauquet le pasa la furia, toma la puerta y desaparece... Y, perdona, prima, ¿tú no acostumbrabas almorzar?

—¿Por qué esa pregunta?

—Porque es más de la una.

—¿Ya?

—Muchas gracias, puesto que pruebas con tu distracción que no te he aburrido con mi cháchara... Pero Bellita, que dormía cuando he dejado el hotel, ya debe estar despierta y esperándome para bajar á almorzar.

—Pues corre á buscarla. ¿Vendrás á visitarme algún día?

—Temo que no: con los explosivos es pre-

ciso ser prudentes, no dejándolos solos mucho tiempo... Adios, prima.

—Adios, primo.

En cuanto desapareció tomé un coche.

En mi cabeza no se agitaba más que un solo pensamiento: despedir, tan pronto como llegase, á esta miserable.

XIX

¿Cómo expulsarla? ¿Con qué pretexto? El que me ha dado ella misma la víspera. No he perdonado todavía. Ya lo ha debido ver ayer y hoy por la mañana.

Decididamente no la perdono, y la despido. La cosa es muy sencilla. ¿Qué necesidad tengo yo de decirle el por qué, ni discutir ni tener explicaciones? ¿Puedo responder de mí? ¿Podré contenerme para no decirle: "Has matado á mi marido, infame...?" No quiero que ella lo sepa. Es preciso que ignore siempre que el Baron de Virmeux era el Duque de X. Ó por respetos á él mismo, ó por respeto á mi persona, le ocultó su nombre y su título. No tengo yo, pues, derecho á decirselo.

¡Ay, Dios mío! Todavía necesitaré reflexio-

nar lo que debo decirle... ¿De qué me han servido entonces mis razonamientos de ayer y mi resolución de hoy? Algunos minutos de conversación con Blazac, ¿habrán destruido todo, al haberme revelado el misterio?... Si de una entrevista con ella pudiese salir la verdad sobre la muerte de mi marido, si pudiese revelarme lo que hizo para que la amara, cómo ha podido matarse por ella y engañarme, ¿dudaría? No.

Pero haría mal. Provocar confidencias con ella, hablar con ella de él, sufrir que semejante loca me diga el secreto que me guardaba aquel á quien yo amé tanto... Prefiero no saber nada.

Si estoy decidida á no escucharla, y si, no obstante, tengo miedo á interrogarla, si dudo de mí, ¿por qué hacerla llamar?... Más vale despedirla ahora mismo.

Mi mayordomo puede aquí hacer mis veces.

Yo no necesitaré entenderme con ella.

Si se marcha sin haberme hablado, es forzoso que renuncie también á saber por qué ha entrado en mi casa, por qué se ha hecho mi esclava y mi criada. En lo que acaba de decirme Blazac hay cosas que no comprendo, y quisiera entenderlas.

¡Ah! Esto es superior á mí. Suceda lo que quiera, voy á hacerla llamar.

.....

.....

Entra, é inmediatamente, sin levantar los ojos (tengo miedo de verla, soy yo quien tiene miedo de ella), le digo:

—He reflexionado, y resuelto no conservarla en mi servicio. Vaya á arreglar sus cuentas y parta inmediatamente.

Permanece un instante suspensa y después exclama con voz firme:

—¿Quiere la señora permitirme que le pregunte por qué causa me despide tan bruscamente?

—No se lo permito.

—Eso es muy duro. La señora Duquesa me trata como se duda siempre en tratar á una criada cualquiera, y ella ha querido, sin embargo, levantarme á mí á un rango superior cerca de ella. Una especie de señora de compañía creo que merecé que se le diga por qué se la despide.

—Y bien, puesto que V. lo quiere, le diré que la despido por lo de ayer: ayer olvidó usted lo que se debe á una señora, y me faltó usted al respeto.

—Involuntariamente, y ya sabe la señora que lo lamento de todo corazón. Ya he tenido el honor de decirle que no pude resistir al sueño.

—No creo en semejante sueño.

—¿Á qué lo atribuye, pues, la señora Duquesa?

¿Qué responderle? ¿Iba á censurarla por aquel beso? ¿Á discutir con ella si lo dió ó no lo dió? ¡Ah! La idea de que sus labios hayan podido rozarme me es todavía más odiosa desde que sé quién es. No quiero ni aun admitir para mis adentros que haya podido semejante boca mancharme... ¿Y voy á reconocerlo ante ella?

Entonces, y viendo que insistía en saber las causas de su despedida, decidida á poner término á la escena é incapaz para dominarme más tiempo, me he levantado, y mirándola cara á cara y sin bajar la voz, le he dicho:

—Pues bien, la arrojo de mi casa porque no sois más que una mujerzuela y os llamáis Melinita.

Luisa palideció, pero reponiéndose enseguida, dijo:

—¿Quién ha dicho eso?

—Un pariente mío: el Sr. de Blazac.

—¿Sabe que estoy aquí?

—Afortunadamente, no.

—¿Cómo ha podido hablaros á vos, que sois una señora, de una mujer como yo?

—Me dió el capricho de preguntarle por una Melinita con la cual le había yo visto, y he sabido que su verdadero nombre era Luisa Bauquet.

—¿Os habrá dicho también que Luisa Bauquet era doncella de labor?

—También.

—Entonces, ¿de qué me acusáis, señora Duquesa?

—¿Cómo que de qué os acuso? De haberme engañado indignamente.

—¡Engañado! Me he presentado en vuestra casa con el nombre de Luisa Bauquet, que es el mío verdadero. Acabáis de reconocerlo así vos misma, señora Duquesa. Dije que había servido en diferentes casas, y es verdad. Mis certificados lo demostraban, y á menos que estén falsificados... Dije también que estaba sirviendo en casa de la señora de La Bére, y también era verdad.

—¿Os atrevéis á hablarme de esa mujer?

—¿Y por qué no?

—Me la habéis presentado como una mujer

casada, con hijos, respetable, y no hay nada de eso.

—Señora, por Dios, mis certificados no os bastaban; necesitabais informes verbales, y tuve que referirme á la persona que mejor me conocía y elogiar su respetabilidad para que dieseis fe á sus palabras.

—¡Á sus mentiras!

—No por cierto. Cree de buena fe todo lo bueno que ha dicho de mí, y acaso creyó quedarse corta. Os dijo que era yo una doncella excelente. ¿No confesaba la propia señora Duquesa estos días pasados que jamás había estado tan bien servida? Creo que la señora de La Bére dijo también que me echaría de menos, y en efecto, debe echarme muy de menos. Además, si para hallar una buena colocación he usado cierta astucia, he empleado algún pequeño subterfugio, debe serme perdonado, porque perseguía un fin honrado.

—¡Honrado!

—Sí, señora. Quería cambiar de vida, trabajar, ganarme el sustento y convertirme de Melinita en Luisa Bauquet.

—¿Y ha sido mi casa la que habéis elegido para esa transformación? ¿Por qué?

—El Sr. de Blazac cometió la indiscreción

de decirme que su prima, una dama aristocrática, una Duquesa muy conocida, buscaba doncella. Sentí el deseo, la curiosidad de entrar en su casa, y he hecho lo que era necesario hacer para conseguirlo.

—Sí, os habéis hecho pasar por una muchacha honrada.

—Honrada, como sirvienta, sí. No hablé de otra cosa. La señora Duquesa no me preguntó acerca de mi moralidad. Y ya sabe lo que en semejante caso se contesta siempre. ¿Qué criada que desee colocarse ha de declarar ella misma que su conducta deja que desear? Y ordinariamente, sin embargo, ha coqueteado un poco ó... ó un mucho con el mayordomo ó con el cochero, si se respeta; con los lacayos... Yo no tengo ninguna de esas faltas de que acusarme. ¡Los criados de la casa, mis compañeros, no existen para mí! Porque mi afecto es más alto. Esto debiera servirme de excusa. ¿No es mejor haber sido la... *favorita* del Sr. de Blazac, primo de la señora, que la de un cochero? Mis relaciones anteriores me obligan además á cierta discreción: no podía comprometer al Sr. de Blazac, con su parienta, confesando mis relaciones con él. Á él le ha gustado hablar de ello, y eso es cuenta

suya. Yo por mí no me arrepiento de haber sido discreta.

Decía todas estas cosas estupendas con los ojos bajos, en una actitud respetuosa, con voz dulce, sin aire de burla. Y á pesar de mis disgustos, de mi indignación, la dejaba yo acabar, porque presentía que al fin llegaría á hablar del asunto que me interesaba, y el cual no tenía yo valor para perder de vista.

Condenada al respeto, á una completa reserva desde hacía tres semanas, á causa de su posición en mi casa, experimentaba cierto goce, tal vez involuntario, en mostrarse menos respetuosa, menos reservada, en hablar en vez de escuchar, en decir su pensamiento, ó más bien parte de su pensamiento, mientras se le presentaba ocasión de exponerlo todo entero. Luisa Bauquet, la doncella, desaparecía, se extinguía poco á poco. Melinita, la cortesana, presentábase de nuevo con su desvergüenza, sus audacias, sus atrevimientos, su cinismo. Semejaba á la artista que después de haber representado un papel de inocente, sale de la escena, tira su traje de colegiala, se quita el colorete y vuelve gozosamente á su vida ordinaria, que amenudo no tiene nada de ejemplar.

Para llegar al fin que me proponía, le dije contestando á su último discurso:

—En efecto, no os pregunté acerca de vuestra moralidad, no estabais obligada á ninguna confianza. Pero no por eso me habéis engañado menos sobre vuestra verdadera posición, sobre vuestros títulos y cualidades; os presentasteis como doncella, y hacía mucho tiempo que habíais dejado de serlo.

—¿No tenía yo el derecho de volver á mi antiguo oficio? ¿Debía censurárseme por eso? Sucede amenudo que de criada se convierte una en mujer galante para ganar más; yo, de mujer galante, me volvía á convertir en doncella, para ganar menos; pero para ganar mi vida honradamente. ¿No es esto más moral?

Levanté la cabeza con altanería y me atreví á decirle:

—No tenéis necesidad de ganáros la vida, porque sois rica.

—¡Ah! ¡Blazac ha hablado también de eso!

—Sí, me ha dicho que el Barón de Virmeux os había dado un millón.

—Y ha dicho la verdad. Pero cuando una no gasta su dinero, cuando no toca á él, es como si no tuviese nada, y acaso yo no quiera tocar nunca á ese millón.

—¿Teméis que os queme las manos?

—No, ciertamente. Un millón no quema nunca las manos de quien lo posee. Al contrario, las acaricia, y hace gozar al poseedor. Ese dinero no fué ganado como se supone por ahí... ¡Ah! ¡Si pudiese yo contar!... Es tan divertido y no es menos inmoral que una novela, que la última, por ejemplo, que tuve el honor de leer á la señora Duquesa.

—Pues bien, contadlo. No os dé cortedad. Al punto á que he llegado... puesto que hace una hora que os estoy escuchando... Pero os advierto que no quiero más pruebas de respeto, que os relevo de volverme á llamar *señora Duquesa*. Ya no estáis á mi servicio. No os llamáis Luisa Bauquet ni sois mi doncella. Os llamáis Melinita y sois una cortesana. Sed quien sois, y nada más. Sedlo de veras. Al menos eso me instruirá. Habré leído un libro malo, pero verdadero, humano, viviente. ¡Habré satisfecho esa curiosidad insana que para vergüenza vuestra nos atormenta algunas veces á nosotras!... Ya os escucho.

Estos desdenes, esas durezas de expresión no podían detenerla en su camino, ni hacerle renunciar al uso de la palabra que acababa de darle. El instinto no me decía que una cria-

tura como ella, la cortesana, la mujerzuela, debía experimentar un acre placer en quitarse la máscara, en desnudarse delante de una mujer honrada, en decirle: "Así soy yo. Valgo tanto como vos ó más... Ahí tenéis lo que yo hago, ahí tenéis como yo comprendo la vida... Vosotras no entendéis de esas cosas... Por eso los hombres os echan á un lado, para buscarnos á nosotras y entregársenos en cuerpo, en alma y en dinero.."

Los hombres me importaban poco. Pero quería saber qué había hecho de uno de ellos, de mi marido, saber cómo lo había matado... y al fin iba á saberlo.